

ESCENA TERCERA



YOLANDA y GINEBRA

YOLANDA

(Sollozando, con la cabeza oculta entre las manos febriles de inquietud).

¡Madre, quién pudiera
bajo la enramada,
á los caminantes
que sedientos pasan,
ofrecer la trémula
frescura del agua!

GINEBRA

(Alzándole la frente y
besándosela, profunda-
mente conmovida.)

¡Mas ellos, en pago,
quizás te dejaran
esa sed eterna
que nunca se sacia!...
¡Porque así es la vida,
y siempre nos pagan
las monedas buenas
con monedas falsas!

YOLANDA

(Con la frente apoyada
en el seno materno.)

¡Madre, madre mía!
¿Por qué la desgracia
mi cuerpo á la tierra
como un árbol ata,
cuando el alma libre

su vuelo levanta
al azul del cielo,
que no en vano al alma,
igual que á las aves
la pintan con alas?
¿No habrá en esos montes,
mi madre, una planta
de esas que son bálsamos
que todo lo sanan?
¿Ni la primavera
me dará su savia,
como se la ha dado
á las secas ramas
que hoy llenas de flores
el aire embalsaman?
¡Jesús, madre mía,
¿ya no se disfraza
de viejo romero,
y en las noches llama
á las puertas donde
gime la desgracia,
y consuela al triste

y al enfermo salva
sólo con la sombra
de sus manos blancas?

(La madre y la hija se
estrechan en un abrazo
doloroso.)

¡Si hiciera un milagro
la Virgen!... Descalza
subiera á la ermita
que está en la montaña,
aunque los guijarros
me despedazaran!...

GINEBRA

(Serenamente.)

La vida es destierro
donde Dios nos manda
para que purguemos
en él nuestras faltas.

YOLANDA

(Tendiendo los brazos al
cielo, en un movimiento de
protesta.)

¿En qué te ha ofendido,
mi Señor, tu esclava,
si sus quince abríles,
quince rosas blancas,
sobre los altares
deshojó á tus plantas?

(Se vuelve ansiosa á la
madre, que la contempla
con tristeza, haciendo es-
fuerzos inauditos para
ocultar sus lágrimas.)

¿No hay sabios que puedan
curar mi desgracia?...
¡Si hay alguno, búscale,
y traémele para
que me salve el cuerpo
ó me mate el alma!...

(Rompe á llorar.)

GINEBRA

(Tomándole las manos.)

¡Por ir á buscarlos,
todas las estradas

del mundo, de sangre
 tuvieron mis plantas!
 ¿No te vió el anciano
 monje que curaba
 hasta los leprosos
 que aullando de rabia,
 al sol, en sus cuevas,
 se rascan sus llagas?
 ¿No vino á curarte
 Godomar, la anciana
 que tiene en el monte
 renombre de santa,
 la que á los que muerden
 las víboras sana,
 y ahuyenta á los lobos
 con una palabra?
 ¡Por buscar remedios,
 por calmar tus ansias,
 pidiendo limosna
 fuí de casa en casa,
 como esas mendigas
 viejas que apoyadas

en largos bordones
 por las sendas pasan,
 y á cuyos harapos
 los mastines ladran!

YOLANDA

(Con acento desesperado.)

¡Madre, madre mía,
 si no hay esperanza,
 ¿por qué, Dios clemente,
 mi penas no acaba?
 ¡Estoy, madre mía,
 en vida enterrada!...

GINEBRA

(Acariciándola suavemente.)

Dios pondrá el remedio,
 pues puso la llaga.
 ¡Cálmate, hija mía,
 y ten confianza,

que Dios siempre acude
si la fe lo llama!

(Se sienta á sus plantas,
y con voz suave y lenta
comienza á narrar. Algo
inefable y dulce, como una
onda de suave misticismo,
invade la estancia.)

Una pobre viuda sollozaba
sobre el humilde lecho
donde su única hija agonizaba
por una llaga devorado el pecho;
mientras fuera el relámpago lucía,
y el furioso bramido de los vientos
los débiles cimientos
de la mísera choza estremecía.
Así clamaba al cielo la viuda:
—¡Señor, no me la quites!... Sin la ayuda
de sus manos tan puras como blancas,
por sostener mi cruz lucharé en vano...
¡Mi báculo es, Señor!... Si me lo arrancas,
¿en dónde apoyo encontrará mi mano?
Se oyó un débil gemido... Luego, un duro



golpe de viento estremeció la puerta,
y á la luz del relámpago, en el muro
su rígido perfil trazó la muerta!...

¡Como á la evocación de algún conjuro,
sobre el umbral, inmóvil, de repente
bajo el negro turbión del aguacero,
apareció la sombra de un romero,
con un nimbo de luz sobre la frente!
Y al ver á la mujer que sollozaba,
—¿Qué tienes?—preguntó... Y su voz era
tan dulce y musical, que se dijera
que al aire de infinito perfumaba.
La pobre madre le explicó su angustia,
y el lecho le mostró donde yacía,
bañada en el sudor de la agonía,
la única flor de sus entrañas, mustia.
Más que muerta dormida parecía...

El romero avanzó serenamente.
Después, dobló la luminosa frente,
y le dijo á la anciana: —¡No está muerta!...
y á la yacente murmuró: —¡Despierta!...
Y entreabriendo las sábanas del lecho,

con sus divinas manos milagrosas
ungió las rojas llagas de su pecho...
¡y la doncella despertó entre rosas!

(Pequeña pausa. Se vuelve á la hija que, estremecida ha escuchado el relato como si un presentimiento divino hinchase su pecho y agitase todos sus miembros ávidos del milagro.)

¡Era El!... ¡El Señor!... Tu pena olvida...
Sus plantas hacen florecer los yermos...
¿Quién devuelve los muertos á la vida,
por qué no ha de curar á los enfermos?

YOLANDA

(En un arranque de esperanza.)

¡Si él viniese de nuevo!... ¡Si asomara
su divina silueta á esos umbrales,
y mi cuerpo sanara
con sus llagadas manos celestiales!...

(Silencio corto. La sombra de algún viajero tiem-

bla á lo largo del camino,
obscureciendo un instante,
como al paso de una nube,
el umbral de la casa.
Se oye un lejano y dulce clamoreo de campanas.
El crepúsculo se torna más suave
y una sombra de paz parece descender sobre la tierra,
como si un ángel la cubriese suavemente
con sus alas diáfanas de armiño.
Yolanda levanta la cabeza y se santigua.)

La campana resuena...

Es la hora en que el Ángel tiende el vuelo,
¡qué en sus manos, cual mística azucena,
nuestra pura oración, ascienda al cielo!

(Contemplando el paisaje, con una sonrisa de beatitud.)

Todo el campo está orando. Los rosales
son incensarios que la brisa orea;
los árboles apenas cabecean,
y el humo de los últimos casaes
parece una oración que al cielo sube...

¡Todo reposa y ora
 en la paz inefable de la hora
 bajo las blancas alas del querube!
 El pastor, olvidando su ganado
 que hacia el redil retorna, la cabeza
 descubre con fervor, y arrodillado
 en la alta cima de los montes, reza...

(Tendiendo los brazos
 al cielo, en una súplica fer-
 vorosa.)

¡Oh, mi Señor! ¡Si de mi mal sanara,
 en la cumbre más alta de aquel monte,
 para darte las gracias me postrara,
 hasta que el sol de nuevo clareara
 en el cristal azul del horizonte!...

(A la madre.)

¡Recemos al Señor!

(Ginebra se arrodilla á
 los pies de la hija y ésta
 coloca las manos sobre la
 cabeza materna. Pequeña
 pausa de silencio.)

GINEBRA

(Orando con los brazos
 tendidos al cielo, en una
 imploración dolorosa. Su
 actitud, recuerda la angus-
 tia de todas las madres en
 la hora trágica del Calva-
 rio.)

¡Señor,
 por la amargura y el dolor
 que padeciste siendo hombre;
 por tu Pasión, por la virtud
 tres veces santa de tu nombre...
 ¡vuelve á mi hija la salud!

YOLANDA

(Orando también. En su
 rostro transfigurado por la
 violencia del ruego, y en la
 voz que parece que brota
 de lo más íntimo y profun-
 do del alma, hay algo de
 revelación próxima á cum-
 plirse, de augurio de felici-
 dad cercana.)

¡Señor! ¡Señor, por los cordeles
 que á la columna te amarraron;

por las escarpías que crueles
sobre el madero te clavaron;
por el silencio de la fosa
y por la paz del ataúd,
¡con tu alba mano milagrosa
vuelve á mi cuerpo la salud!

GINEBRA

¡Por aquel llanto de María,
cuando en la cruz te vió expirar...
Donde una lágrima caía
sobre la tierra se veía
un lirio cárdeno brotar!

YOLANDA

¡Para sanarme, Señor, ven!...
¡Obra el milagro!

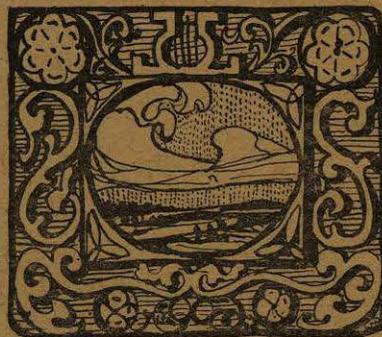
GINEBRA

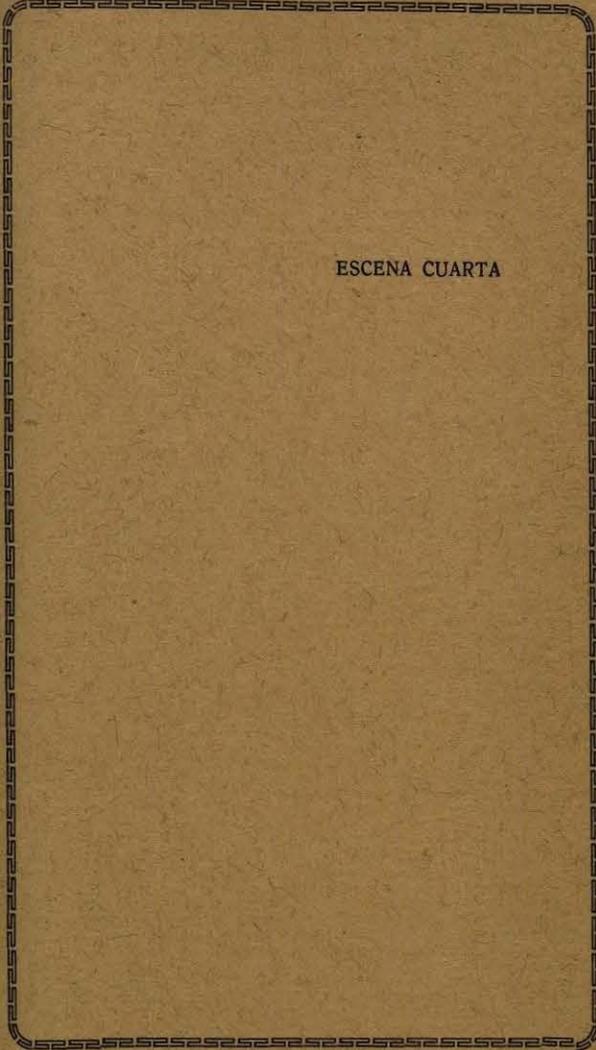
¡Amén!

YOLANDA

¡Amén!

(Ambas se persignan y dejan de rezar. Momentos de silencio, en los que sólo se oyen el palpitar de sus corazones. Una ansiedad terrible estremece el cuerpo de Yolanda, como si fuera á desprenderse de alguna cadena invisible que le aprisionara á la inmovilidad de su asiento. Se oye el galope de un caballo que parece detenerse á la puerta de la casa.)





ESCENA CUARTA



DICHOS y EL CAMINANTE

YOLANDA

(Escuchando ávidamente.
Toda el alma parece re-
concentrada en sus oídos.)

Madre, ¿no has oído?

GINEBRA

(Dirigiéndose hacia la
puerta.)

Veré lo que pasa...
Junto á nuestra puerta parose un corcel...

(Observando desde el umbral. Yolanda se estremece. Una inquietud profunda la agita hasta la raíz de los cabellos.)

Se apea un gallardo mancebo...

EL CAMINANTE

(Desde fuera. Su voz tiene la plena armonía de la juventud.)

¡Ah, de casa!...

GINEBRA

(Inclinándose para que pase, deslumbrada por la aparición juvenil, como si su propia juventud resucitase milagrosamente ante sus ojos.)

Entrad, caballero...

YOLANDA

(Profundamente agitada, con los ojos fijos en la puerta.)

(¡Oh, si fuera El!...

(Mirando atentamente al que entra.)

Su manto es de púrpura, de plata es su sayo!

¿Será El?...

(Palidece de emoción. Se la siente agitarse en su asiento. El Caminante penetra y con él parece que invaden la casa todas las alegrías de la vida, y todos los hechizos de la juventud.)

EL CAMINANTE

(Desde el umbral queriéndolo devorar todo con los ojos.)

Decidme, ¿me podríais dar
forrajes y agua para mi caballo
y para mi un lecho donde reposar?

(Penetra, pero se queda cerca de la puerta. Yolanda le mira anhelante. Su mirada es tan voraz que parece que sus ojos van a rasgarse.)

GINEBRA

(Fijándose en el vestido
del Caminante.)

Larga, caminante, la jornada ha sido.

EL CAMINANTE

(Con volubilidad.)

Pues la que me queda es mucho mayor...
¡Mirad, cómo el polvo me cubre el vestido
y ved mi caballo bañado en sudor!

(Señalando á la puerta.)

GINEBRA

¡Dejad que os despojen mis manos del manto!

(Se lo quita y lo coloca
en un escabel cerca de la
puerta, sacudiéndolo an-
tes. Se dirige después ha-
cia su hija, y la besa con
dulzura en los ojos, aca-
riciándole suavemente las
mejillas.)

¡Adiós, hija mía!



(Toma una hoz bajo el brazo y se dispone á partir, encaminándose hacia la puerta.)

Me voy á segar
heno en esos prados... Vos, señor, en tanto
reponed las fuerzas sentado al hogar.

EL CAMINANTE

(Avanzando resueltamente, con paso firme y felino.)

¡Buena mujer, gracias!

(Repara en la paralítica; la contempla con avidez, y se vuelve á la anciana.)

¡Qué linda doncella!

(Sin poder contener su admiración, desbordante de entusiasmo.)

GINEBRA

Señor, es mi hija...

EL CAMINANTE

A Dios alabad,
porque os dió su mano criatura tan bella.

YOLANDA

(Estática. Su rostro se
transfigura, y su voz tiene
cálidas suavidades de ter-
ciopelo.)

(¡Vierte miel y mirra su voz al hablar!)

EL CAMINANTE

(Reparando en la acti-
tud de Yolanda.)

¿Por qué dolorida dobló la cabeza?

GINEBRA

(En voz baja, temerosa
de que la oiga la hija).

¡Está enferma... De ella tened compasión!

EL CAMINANTE

(A la madre, detenién-
dola un instante, en los
umbrales.)

¿Enferma y tan joven?... ¡Será de belleza!..

YOLANDA

(Rehuyendo las miradas
de El Caminante.)

(¡Siento sus miradas en mi corazón!)

(Ginebra sale por el arco
de la derecha, con la hoz
bajo el brazo. El cuerpo de
Yolanda tiembla bajo los
ojos de El Caminante: tal
una paloma bajo la fasci-
nación de una serpiente.
La tarde palidece en un
suave matiz de oro flúido.
Hay como un perfume nue-
vo en todas las cosas, co-
mo el perfume de un mi-
lagro que va á cumplirse.)

